

SIGLO DE ORO
Y
GRANDEZA MEJICANA,
COMPUESTO
POR DON BERNARDO DE VALBUENA,
OBISPO DE PUERTO-RICO.
EDICION
CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID
POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1821.

SIGLO DE ORO
y
GRANDEZA MEXICANA
Compuesto
por Don Bernard
de Valbuena

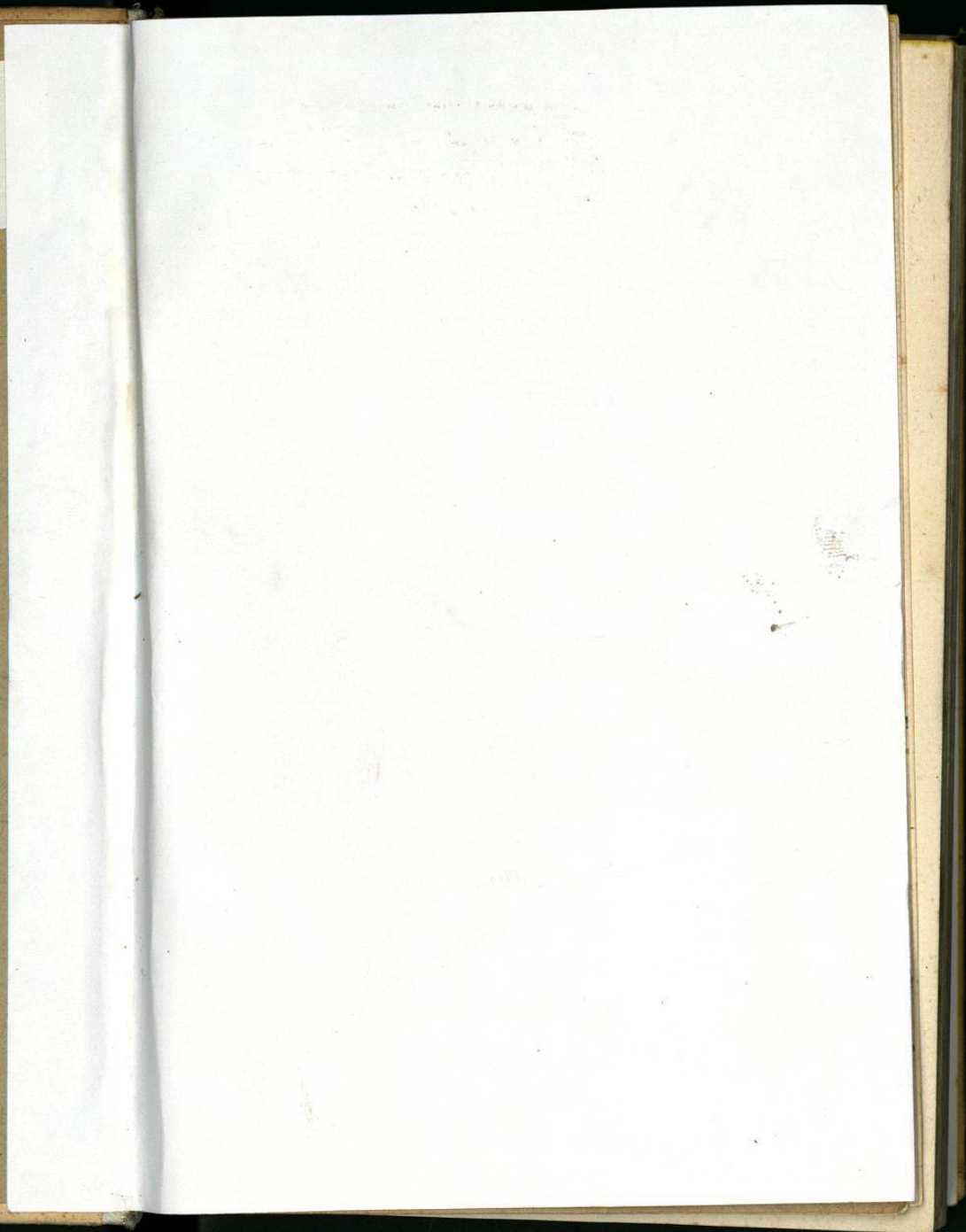


PQ6437
.V2
S5

T
860
V



1080029695



SIGLO DE ORO
EN LAS SELVAS DE ERÍFILE,

COMPUESTO

POR DON BERNARDO DE VALBUENA,

OBISPO DE PUERTO-RICO.

EDICION

CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID
POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. *Alfonsina*
Universidad

1821.

53304

31531

868(72).1

SIGLO DE ORO

Y

EN LAS SELVAS DE ERITREA

P. Q. 643 J

FOR DON HERNARDO DE VALBUENA

OBISPO DE PUERTO-RICO

EDICION

CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO X EL SABIO"

FONDO SALVADOR TOSCANO

53304 - 25308

31216

PRÓLOGO.

La curiosidad que desde luego excita el nombre de un poeta tan esclarecido como Don Bernardo de Valbuena, exigirá sin duda una narracion circunstanciada de su vida y escritos; mas por desgracia son harto diminutas y escasas las noticias que ha podido adquirir la Academia para este objeto, á pesar de las exquisitas diligencias que se han practicado así en España como en América. ¡Suerte fatal que suele caber á los hombres eminentes en las letras, al paso que se transmiten á la posteridad hasta las mas pueriles particularidades de los conquistadores y otros personajes mas ruidosos que útiles al mundo! Así es que ignoramos la patria de Homero, su vida privada, sus costumbres; y sabemos hasta los vicios vergonzosos y las imperfecciones corporales de su admirador Alejandro.

Los contemporáneos de Valbuena, aunque admiraron su talento poético, no dejaron escrita su vida; y asi no hay otros datos para escribirla que los adquiridos

*

como quien dice al acaso en el escrutinio de sus propias obras, y en algun otro documento que afortunadamente ha podido haberse á las manos.

Nació nuestro poeta en Valdepeñas el dia 22 de noviembre de 1568. Fueron sus padres Don Gregorio Villanueva y Doña Luisa de Valbuena, descendientes ambos de familias nobles, y muy conocidas por haber egercido de largo tiempo empleos honoríficos de república en la misma villa. El primer período de la vida de Bernardo está cubierto de profundas tinieblas, y solo se sabe, porque él mismo lo dejó indicado en su primer poema la *Grandezza Mejicana*, que en uno de los colegios de Méjico estudió las letras humanas, y que allí ganó el premio en tres certámenes poéticos; pero cuando, ni con que motivo ó con cual ocasion dejando su patria pasó á estudiar á América, esto es lo que absolutamente se ignora; si bien parece lo mas verosimil que allá tuviese algun pariente rico, y que éste le costease los estudios.

Como quiera que sea, no cabe duda que desde muy jóven dió señaladas muestras de su talento poético, pues que ganó el premio en competencia de mas de 300 aspirantes, y cuando solo tenia 17 años de edad, en uno de los susodichos certámenes que se celebró con ocasion de la festividad

del Corpus delante del arzobispo Don Pedro Moya y de otros seis obispos que se hallaban á la sazón en Méjico celebrando un concilio, y es el tercero mejicano tenido en 1585. Eran entonces muy comunes así en España como en América estas justas literarias, en que se egercitaban y estimulaban mutuamente los ingenios: costumbre loable de nuestros laboriosos antepasados, que pudiera haber producido los mejores efectos, si la sana crítica y un gusto filosófico hubiesen dirigido estos certámenes; pero faltaron por lo comun tales requisitos así en la eleccion y desempeño de los asuntos como en las censuras; y he aquí la razón porque se han cogido tan escasos frutos de una institucion tan recomendable.

Sin embargo ella nos indica el aprecio que se hacia de las letras humanas en la capital de Nueva España, y el aliciente que tenian los jóvenes para dedicarse á cultivar la poesía, cuando hasta los mismos prelados eclesiásticos la fomentaban, autorizando con su presencia aquellos certámenes en que se egercitaba uno de los poetas que habian de dar mas timbre y honor al Parnaso Español. Ultimamente, la general estimacion en que era tenida la poesía en Méjico se confirma con un pasage de la Egloga 6.^a del Siglo de Oro,

*

donde encareciendo el autor las maravillas de aquella capital, dice: "sus hermosísimas y gallardas damas discretas y cortesanas entre todas las del mundo: los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía mas que en otra parte resplandece...." No impedía esto que Valbuena se dedicase con aplicación y aprovechamiento al mas sério estudio de la teología, en cuya facultad recibió el grado de bachiller en Méjico, y despues el de doctor en Sigüenza; con cuyo objeto habia regresado á España, sin saberse en que tiempo.

A los 39 años de edad fue nombrado abad de Jamaica, donde residió hasta el año de 1620 en que fué electo obispo de Puerto-Rico. Por documentos hallados en el archivo de Indias existente en Sevilla se sabe que asistió al concilio provincial de Santo Domingo en 1622 y 623: y consta igualmente que visitó su diócesis y que celebró sínodo. Parece probable que se hubiese grangeado mucha reputacion en ciencia y virtudes cuando á la edad de 51 ó 52 años mereció ser elevado á la dignidad episcopal. La Academia quisiera apoyar con hechos esta congetura tan probable, realzando con la afectuosa descripcion de las virtudes apostólicas de Valbuena el

lauro poético que tan justamente ciñó sus sienas; pero la falta de documentos y noticias hace terminar aquí esta relacion con la muerte de tan ilustre poeta acaecida segun otro escrito del referido archivo en 11 de octubre del año de 1627.

Dejó Valbuena escritas varias obras, de las cuales se han perdido algunas que sin duda no salieron á luz, y solo se tiene noticia de ellas por haber conservado sus títulos algun otro autor contemporáneo. Tales son la *Cosmografía universal*, el *divino Cristiados* (que tal vez sería un poema semejante á la Cristiada de Ojeda), la *Alteza de Laura*, y el *Arte nuevo de Poesía*, cuyos manuscritos robarian acaso los holandeses en la invasion de Puerto-Rico acaecida por aquellos años, pues consta que saquearon el palacio episcopal.

Las obras publicadas, y que han llegado á nuestros dias son las siguientes:

La *Grandeza Mejicana* poema descriptivo de Méjico, dividido en 8 cantos é impreso por primera vez en aquella ciudad el año de 1604, y que vá unido al Siglo de Oro en la presente edicion.

El Bernardo, ó la victoria de Ronces Valles, impreso por primera vez en Madrid el año de 1624 en 4.º, y reimpresso por Don Antonio Sancha en 1807, en tres tomos en 8.º marquilla.

El *Siglo de Oro en las Selvas de Eri-
file*, impreso en Madrid el año de 1608.

Habiéndose hecho sumamente raro y por consecuencia costoso el Siglo de Oro, trató la Academia de facilitar por medio de una nueva y correcta edición la lectura de esta obra en que el autor acreditó que su fecundo numen no menos sabía cantar en elevado estilo las proezas de los ínclitos guerreros, que en tono dulce y sencillo las amorosas contiendas de los pastores.

Este género de composiciones bucólicas en prosa y verso fue introducido en España, según Cervantes en el escrutinio crítico de la librería de Don Quijote, por Jorge de Montemayor, quien en su *Diana* se propuso imitar la *Arcadia* de Sannazaro; pero como de ordinario sucede á todos los imitadores no consiguió igualar á su modelo; pues ni en la composición se nota la sencillez campestre, el enlace verosímil y natural de los episodios, el diálogo afectuoso y animado de los interlocutores, y la viveza de las descripciones que tanto deleitan en el poeta italiano, ni los versos de Montemayor son tan dulces, tiernos y armoniosos como los de Sannazaro; si bien la prosa no carece de propiedad, soltura y elegancia.

Como este género de composiciones

ofrecía grande entretenimiento y un vasto campo á la imaginación de los poetas, ya por la variedad de las descripciones, ya por la multitud y novedad de las aventuras que podían entretenerse en esta clase de obras; ya finalmente por la ventajosa mezcla de la prosa y verso, que aunque monstruosa y desconocida de los antiguos griegos y romanos, venia autorizada con el nombre de un poeta tan célebre como Sannazaro; tuvo este otros muchos imitadores en todo el siglo xvi, entre los cuales descollaron Gil Polo que con su *Diana* eclipsó la de Montemayor, Montalvo que compuso el *Pastor de Filida*, Cervantes la *Galatea*, Lope la *Arcadia*, y nuestro Valbuena el *Siglo de Oro*.

En todas estas obras se encuentran bellos trozos poéticos, vivas y alhagüenas descripciones del campo; pero por lo común los pastores que en dichas fábulas se introducen son en demasía cultos y discretos, y por consiguiente afectados: así es que á las veces raciocinan con escolástica sutileza, y en vez de expresar con naturalidad unos sentimientos sencillos correspondientes á su clase, remóntanse y declaman haciendo ostentación de una metafísica alambicada mas propia de una aula que de una alquería: defecto introducido en España por algunos malos imita-

dores del Petrarca, que sin acertar á copiarle en sus buenas calidades, le siguieron en su único defecto que consiste en estos sentimientos afectados, recónditos y pueriles á que los italianos dan el nombre de *concelti*. Cualquiera que haya leído con atención las referidas composiciones no calificará de injusto ni aun de riguroso este juicio, el cual por otra parte deja á salvo el mérito y la reputación que se granjearon justamente aquellos poetas por otras eminentes circunstancias.

No está por desgracia enteramente exento el Siglo de Oro de los indicados defectos, señaladamente en las que llama el autor canciones y asimismo en la prosa. Para comprobar esta aserción será conveniente poner á la vista algún otro pasaje de los defectuosos; que es el medio más seguro de evitar la nota de parcialidad é injusticia en las calificaciones, y de enseñar á los jóvenes los defectos de que deben guardarse.

En la egloga 1.^a, página 15 y siguientes entona el pastor Clarenio una canción para celebrar los ojos de su querida, y entre otros muchos pensamientos vituperables se encuentran los siguientes, que pueden competir con cualesquiera otros en pueril y fastidiosa afectación:

Si mirando matais, también dais vida,

Y de un caso tan digno de memoria
El premio es mío y vuestras las hazañas,
Y amor quien las escribe en mis entrañas.

En cualquier parte de esa luz hermosa
La vida con la muerte está escondida:
Ojos, ¿quien vió jamás ni oyó tal cosa
Dar vida y muerte sola una bebida?
Y mas adelante añade:

Sois esmeraldas de virtud divina,
Sois luceros hermosos de mi cielo,
Sois cielos donde amor tiene la mina
Mas rica de su gloria y su consuelo:
Sois tesoro y riqueza peregrina,
Sois toda la beldad que encierra el suelo,
Templos dó amor ha puesto mis despojos,
Sois ojos de las lumbres de mis ojos.

No dejó de traslucir Valbuena que la afectación de este encrespado estilo descendía de la sencillez pastoril; y así es que en la egloga 3.^a, página 65 al acabar el pastor Arcisio un soneto, parecido en los alambicados pensamientos á los versos citados anteriormente, pone en boca de otro pastor lo siguiente:

“ Por cierto, dijo Gracildo, acabando de oír al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdican estos cantares de los que en otras más arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras *vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados*

siglos donde sin tantos rodeos solian decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses á quienes este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces envíen por nuestros ganados algun riguroso castigo. ¿Y cómo, respondí yo entonces, tú, ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parralles? ¿Nuestros faunos tambien y las ninfas de nuestros montes no tienen sus divinos lenguages que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones." No por cierto, pudiera replicarsele, las musas no dan facultad para hacer hablar á los pastores como á unos catedráticos escolásticos, ni caben en el género pastoril esas sutilezas metafísicas, y ese lenguaje del culteranismo. La ley del decoro ó de la propiedad y conveniencia de los pensamientos y del lenguaje, atendida la persona que habla, no es una ley arbitraria ó convencional de los hombres, sino una ley de la naturaleza. Como tal la dejó sancionada Horacio en aquel tan conocido verso de su poética:

Intererit multum davusne loquatur an heros.

Pero sin insistir mas en este asunto tan claro de suyo, pasemos á decir algo de la prosa, la cual, aunque no adolece generalmente de los vicios que acaban de tacharse, sin embargo es á veces bastan-

te afectada por las trasposiciones de que abunda; en prueba de lo cual véase el principio de la 1.^a egloga:

"En aquellos antiguos campos que en la celebrada España las tendidas riberas de Guadiana con saludables ondas fertilizan, entre otros un hermoso valle se conoce, que aunque de policía desnudo, vestido de silvestres árboles, de vacas, ovejas y cabras cubierto, y habitado de rústicos pastores, si yo ahora sintiera en mí palabras suficientes para como él lo merece encarecer su frescura, ninguno hubiera que codicioso no le buscara."

¿De donde pudo provenir la manía, que se advierte en casi todos los escritores españoles de estas novelas pastorales, de invertir tanto la sintáxis, y acaso contra la misma índole de la lengua, en unas composiciones que por su naturaleza deberian escribirse con el estilo mas natural? El mismo Cervantes que en su inmortal Quijote usa siempre de un estilo claro, sencillo y natural, llenó de forzadas inversiones la prosa de su Galatea. Para explicar este enigma es preciso acudir á la Arcadia de Sannazaro, y allí veremos este mismo estilo que los nuestros trataron de imitar demasiado servilmente, como si la índole del idioma italiano fuese la misma que la del nuestro.

Cualquiera que esté medianamente versado en aquel sabe que su construcción ó sintaxis se acerca mas que la nuestra á la latina, y por consiguiente es mas libre; lo cual se echa de ver con particularidad en los autores del siglo xvi que escribían con mas pureza, como por ejemplo el traductor de Tácito Davanzati; pues en los tiempos modernos ya se quejan algunos críticos de que se ha viciado generalmente la frase como entre nosotros por el influjo de la lengua francesa.

Dejando empero la tarea desagradable de anotar defectos, tiempo es ya de que tributemos á Valbuena los debidos elogios por las bellezas que se encuentran en su Siglo de Oro. Las eglogas en verso pueden competir con las mejores de otros poetas castellanos: los pensamientos y las imágenes son por lo general correspondientes al asunto: el estilo es puro, natural, propio y elegante, si se exceptúan algunas otras frases demasiado humildes; la versificación armoniosa, y finalmente en dichas eglogas se encuentran la amenidad, soltura y abundancia que caracterizan el número de Valbuena.

Como se han citado trozos para comprobar los defectos, justo es que se aco-ten también algunos pasajes en que se muestre el gran mérito del poeta.

De la egloga cuarta.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplegase la rosa,
Brotó el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, el azucena muere,
Cuando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido;
Que si mi sol no abriere la mañana
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto
Y de árbol fértil la primera manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto
De rosas y violetas coronada,
Y mas es la pastora que yo canto.

De la egloga octava.

Nace el invierno, y á las tiernas rosas
 Sucede un ciérzo que con soplo helado
 Desnudo deja el campo de frescura:
 Mueren secas las flores en el prado,
 Ni queda en las riberas mas umbrosas
 Rastro de su pasada hermosura,
 Y mientras esto dura,
 Y con la blanca nieve
 Toda la sierra llueve
 Arroyos sin sazón á la llanura,
 Ni suena caramillo, ni hay quien diga
 En tonos de dulzura
 Primores ó querellas de su amiga.
 También quien viere el campo de esta suerte,
 Apenas quedará con esperanza
 De verlo en su pasada primavera.
 En todo imprime el tiempo su mudanza,
 Y todo tiene fin sino esta muerte
 En que Tirrena gusta que yo muera, &c.

Por estos trozos en que compiten la elegancia del estilo con la naturalidad de los pensamientos y la delicadeza de las imágenes, se ve que Valbuena había bebido el espíritu de los buenos bucólicos antiguos, como se observará por las notas puestas al fin de este volumen y que era tan diestro en tocar el caramillo como la trompa heróyca.

Véase ahora la maestría con que sabía á veces describir en prosa:

“Todos en torno de la cristalina fuente nos sentamos, gozando las maravillas que en el tendido llano se mostraban; y lo que sobre todo mayor deleite ponía era el agradable ruido con que los altivos álamos, silvando en ellos un delgado viento, sobre nuestras cabezas se movían, cuajados sus tembladores ramos de pintadas avecillas, que con sus no aprendidos cantares trabajaban de remedar los nuestros; donde la solitaria tortolilla vieras llorar su perdida compañía, ó al amoroso ruiseñor recontar la no olvidada injuria del fementido Tereo. Aquí el ronco faisán sonaba, allí las suaves calandrias se oían, acullá cantaban los zorzales, las mirlas y las abubillas; y hasta las industriosas abejas á nuestras espaldas con blando susurrar de una florecilla en otra iban saltando. Todo olía á verano, todo prometía un año fértil y abundante: olía el romero, el tomillo, las rosas, el azahar y los preciosos jazmines: olían las tiernas manzanas y las amarillas ciruelas de que todo el campo estaba cuajado &c.”

Este bello cuadro presenta con tal viveza los objetos, que la imaginación embelesada cree hallarse gozando de los abundantes bienes que derrama en el campo

la prósida mano del Hacedor supremo.

¡Ojala que aprovechándose los estudiosos jóvenes de este y otros muchos pasages no menos apreciables que se encuentran en la obra, imiten al autor en lo bueno, trabajando incesantemente para adquirir esta soltura, naturalidad y pureza que eran como características de los autores antiguos!



EGLOGA PRIMERA.

En aquellos antiguos campos, que en la celebrada España las tendidas riberas de Guadiana con saludables ondas fertilizan, entre otros un hermoso valle se conoce, que, aunque de policía desnudo, vestido de silvestres árboles, de vacas, ovejas y cabras cubierto, y habitado de rústicos pastores, si yo ahora sintiera en mí palabras suficientes para como él lo merece encarecer su frescura, ninguno hubiera que codicioso no le buscara. Porque demas de su benigno cielo, su saludable aire, sus fértiles y floridos prados, lo que á toda estimacion excede, si aquella simplicidad y pureza de los primeros siglos del mundo es de creer que no del todo ha desamparado nuestras regiones, en solas aquellas selvas vive, cuyo trato y conversacion, aunque grosera y de tierra, mas que humano sabor deja en el gusto. Entre las cosas, que allí dignas me parecieron de celebrar, una sobre todas es la extraordinaria hermosura de una limpia y clara fontezuela, que con sus dulcísimas aguas lo mejor de aquel valle riega; y no solo de nuestros pastores, yaqueros y cabrerizos, mas hasta de los serra-